

Roberto Arlt



**El Aprendiz de
Brujo**

textos.info
biblioteca digital abierta

El Aprendiz de Brujo

Roberto Arlt

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8181

Título: El Aprendiz de Brujo

Autor: Roberto Arlt

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 11 de febrero de 2024

Fecha de modificación: 17 de febrero de 2024

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Aprendiz de Brujo

Eran cuatro sillones en uno de los puentes de la proa del *María Eugenia*, y en torno de la mesa de mimbre nos reuníamos los cuatro y a veces cinco camaradas de mesa. El océano deslizaba continuamente las millas de sus abismos amargos contra el casco de la nave, y una vez uno y una vez otro contábamos una historia testificada por verdadera. Ahora le tocó el turno a Borodin, quien preguntó:

—¿Alguien conoce los *Tantras del Zivagama*?

Nos quedamos mirándole en silencio. Borodin continuó:

—¿Alguno de ustedes se ha dedicado alguna vez a las prácticas de la magia negra?

Proseguimos mirándole en silencio. Él insistió:

—¿Cree alguno de ustedes en las posibilidades de la magia negra?

Ernestina Carbajal sonrió un poco escéptica:

—¿Existe hoy en alguna parte del mundo un civilizado que crea en la magia negra o blanca?

Entonces Borodin, con esa encantadora naturalidad que le era muy útil para ganar al poker y perder al bridge, respondió:

—Yo creo en la magia negra. Yo practiqué la magia negra.

El efecto estaba causado y, Borodin, después de un minuto de silencio, mediante el cual nos permitió concentrar las nubes de nuestra imaginación dispersa, entró en el relato de su experiencia:

—Todos aquéllos que se han dedicado a las prácticas de la magia negra saben perfectamente que éstas deben estudiarse bajo el control de un maestro. Haré caso omiso de las sonrisas irónicas de las personas

razonables. Existe un mundo invisible, al cual se puede penetrar cumpliendo ciertas condiciones, es decir, ejercitándose en la práctica de los *Tantras de Zivagama*. Los tantras son prácticas respiratorias consignadas en el hatha yoga. Desdichado de aquel que se dedique a practicar los tantras del hatha yoga sin un guía eficiente. Sufrirá los trastornos nerviosos más extraordinarios. Incluso puede perderse en los vericuetos de la locura y del espanto. Quiero certificarles a ustedes que el espanto no nace de la presencia de ninguna figura determinadamente horrible. No. El espanto, el miedo, surgen de factores subjetivos. Es como si un hombre hubiera roto todos los lazos que le ligaban a la comunidad humana.

Evidentemente, Borodin era un hombre que conocía el arte de interesar. La misma Ernestina Carbajal había trocado su sonrisa burlona por una mirada perpleja cargada de atención. Borodin, pisando en firme, continuó:

—Yo tenía un amigo llamado Herman Suzy. El caso de Herman Suzy es casi apasionante:

“Herman Suzy tenía una biblioteca extraordinaria de libros de ocultismo, magia y cabalismo. Pero Herman Suzy juraba por el cielo y la tierra que él no sabía absolutamente nada de ciencias ocultas. Herman Suzy fue uno de los hombres más capacitados para la lucha por la vida que he conocido. Probablemente su egoísmo le impidió...”

—¿Egoísmo?

—Sí, el egoísmo y la sensualidad son los terribles enemigos del aprendiz de brujo.

—Notable.

—Herman Suzy debió ser millonario varias veces. Pero cuanta empresa emprendía, misteriosamente, se desmoronaba, alcanzada cierta altura. Y digo que Herman Suzy era casi un sabio. Otro día contaré cierta historia relacionada con Herman Suzy...; bueno, el caso es que Herman Suzy juraba y perjuraba que él no entendía absolutamente nada de ciencias ocultas, que su curiosidad por la magia era puramente intelectual, y cuando yo le dije que quería dedicarme a las prácticas de hatha yoga, me objetó muy serio:

—No se vaya a meter solo, porque puede ocurrirle algo...

—¿Qué?

—No sé. Pero ocurren cosas...

—¿Qué me aconseja usted?

—Búsquese un maestro.

—¿Dónde encuentro yo un maestro?

—Espérese. Yo conozco un tal Arsenio Anyelico. Arsenio Anyelico siempre ha sido aficionado a la magia negra y domina perfectamente la ciencia de la respiración.

—¿Ustedes sabían que la ciencia de la respiración es el abecé del aprendizaje de brujo?

—No, nosotros no sabíamos. Adelante, Borodin.

—Arsenio Anyelico me recibió en su escritorio, una habitación revestida por completo de planchas de plomo y cobre para contrarrestar las influencias de determinados astros. Arsenio Anyelico se ganaba la vida con su profesión de ingeniero, de manera que ustedes deben descontar toda posibilidad de charlatanismo. Era un hombre alto, delgado, amarillento, como si le hubieran sumergido en un baño de azafrán; el cabello crinado y completamente blanco. Cuando leyó la carta que me había entregado para él Herman Suzy, me dijo:

—Aquí, entre nosotros, el único mago que tiene poderes en este país es Herman Suzy.

—Dijo esto y calló. Yo me quedé mirándole, admirándole, mejor dicho, porque su aspecto agradable, su rostro largo, impregnado de dulce melancolía, no correspondían al espíritu de un mago negro, es decir, un hombre que se ha especializado en manejar las fuerzas que pueden dañar mentalmente a sus prójimos. Herman Suzy me había ya dicho de él:

—Tenga cuidado. Anyelico es un hombre peligroso.

—¿Por qué me lo recomienda, entonces?

"Herman Suzy, sin contestarme palabra, sonrió. Y yo confié siempre que su sonrisa me ayudaría en aquel camino terrible que yo quería emprender. Arsenio Anyelico, que también me observaba como siguiendo el curso de mis pensamientos, ratificó:

"—Yo estoy absolutamente seguro que Herman Suzy es un gran mago, pero no hay forma de arrancarle palabra. Y ahora, volviendo a nuestro asunto: ¿por qué quiere dedicarse a la magia negra?

"Contesté con toda sinceridad:

"—Odio y quiero dañar a una mujer que me ha hecho sufrir mucho.

"—El aprendizaje es largo.

"—Ya sé.

"—Tendrá que practicar primero la respiración yogui.

"—Conforme."

Aquí Borodin hizo un alto, nos miró gravemente a todos, y dijo:

—Ustedes disculparán que en manera alguna les describa los procedimientos empleados por Arsenio Anyelico. En todos los idiomas podrán encontrar ustedes libros y cursos del hatha yoga, pero bajo la dirección del ingeniero me di cuenta que estudiar magia por fórmulas librescas es lo mismo que querer aprender a volar siguiendo un curso por correspondencia. La ciencia de la respiración, la ciencia de concentrar el fluido vital y transformarlo en un vehículo mediante el cual nuestra conciencia se traslada en el mundo astral, es la práctica más dura y cruel que puede imaginarse. Sólo un gran odio o un gran amor pueden ayudarnos a soportar las pesadas pruebas.

"Yo sé que mucha gente tiene una primitiva idea formada de la magia negra. Algunos creen que los hombres dedicados a esta ciencia tienen una apariencia espantosa, y que practican el mal poniendo en juego los recursos más brutales y repugnantes del 'grimorio'; pero esas personas están completamente equivocadas. Los magos negros son personas exquisitamente educadas. Practican el mal con suave y bondadosa naturalidad. Si yo, en este relato que les hago, omito la descripción de los

procedimientos respiratorios, es por razones de salud mental. Pero dos años después...”

—¿Qué edad tenía usted entonces? —Interrumpió Adriana Carbajal.

—Cuando comencé, veintiocho años; cuando terminé mi aprendizaje de brujo, treinta años...

—¿Era usted como es ahora?

—El mismo hombre. Un poco más delgado. Volviendo a lo nuestro, diré que Arsenio Anyelico era un maestro habilidoso. Empleó tanta discreción, tanta habilidad en entrenarme en los espantosos ejercicios respiratorios del hatha, que cuando llegó el momento en que yo debía abandonar mi cuerpo físico y acercarme con mi cuerpo astral al cuerpo astral de la mujer que tan tremendamente odiaba o amaba, pude ejecutar esta prueba con absoluta naturalidad.

”Resolvimos efectuar nuestro embrujo durante la noche, no porque la noche nos fuera más propicia que el día para el desdoblamiento, sino porque durante la noche la mujer que odiaba estaba durmiendo y, durante el sueño, no podría defenderse del maleficio que mi espectro iba a extender sobre ella.”

—¿Qué daño pensaba usted hacerle?

—Yo ignoraba qué daño podría inferirle. Arsenio Anyelico me dictaría el maleficio.

”Al acercarse la fecha del embrujo, durante un mes observé un régimen alimenticio especial y, tres días antes del desdoblamiento, ayuné en absoluto, de modo que al llegar a la tercera noche de ayuno estaba totalmente hipersensibilizado. Para poder desprender la conciencia del cuerpo físico, para desdoblarnos (usando un lenguaje comprensivo a los profanos) es necesario provocar la ‘muerte aparente’ del cuerpo físico. Esta muerte mediante el ejercicio respiratorio que aconseja el tantra del desdoblamiento.

”El aprendiz de brujo habrá tenido que acostumbrarse a vencer el terror que nos produce el sentir morir pulgada a pulgada nuestro cuerpo. La muerte empieza por una picazón en los dedos de las extremidades

inferiores acompañadas de su insensibilidad y enfriamiento. A medida que acciona la voluntad, el frío mortal va subiendo hasta las rodillas, trepa por las piernas, alcanza a las puntas de los dedos de las manos, la cintura, es como si paulatinamente nos fuéramos sumergiendo en un baño de agua helada. Indudablemente, de haber estado solo, hubiera experimentado miedo de morir de veras, porque la sensación de la muerte se hace cada vez más evidente a medida que el frío mortal va alcanzando nuestro pecho y corazón. Las palpitaciones decrecen y se amortiguan, el frío sube hasta los pulmones y los paraliza; nosotros sabemos que nuestros órganos vitales están ‘muertos’, pero no es suficiente que el corazón y los pulmones estén muertos. Debe morir también el cerebro. Nada en uno debe quedar con vida.

”Cuando el frío mortal alcanzó mis sienes, mis cabellos se erizaron, el frío subió y, en el mismo instante que terminé de ‘morir’, me encontré al lado de Arsenio Anyelico, en una playa que deslizaba su ribera plateada bajo la bóveda de una noche negra. Yo sabía que aquella playa se sumergía en el mar, pero el mar permanecía invisible. En derredor no se veía un espectro ni una estrella. Y aunque yo no tema un espejo para verme, no pude evitar un sobresalto. En aquellos días había cumplido treinta años, pero ahora me parecía estar aplastado por una ruindad física de ochenta años. Una barba amarillenta caía sobre mi pecho huesudo y abombado, vellones de cabello rodaban en mi cráneo diezmado por la edad. Me apoyaba melancólicamente en un bastón. A mi lado, Arsenio Anyelico, membrudo y joven, caminaba como un hijo malintencionado que odia a su anciano padre. Mi tristeza era infinita. Probablemente, yo había alcanzado los ochenta años que aparentaba y no tenía absolutamente ningún interés en hacerle daño alguno a la mujer que había adorado tan enternecedoramente un día.

”—Vamos, perezoso —murmuraba a mi lado Anyelico.

”Y tomándome del brazo, violentamente casi, me empujaba hacia adelante. Desesperado por la tristeza de mi caída, de tanto en tanto levantaba los ojos hacia él, como diciéndole: ‘No abuses de mi vejez. Algún día tú también serás un anciano.’ Pero Anyelico, impasible, duro, iba hacia adelante. Y a pesar de que mi edad apenas me permitía moverme, pronto estuvimos junto a ella.

”Era un dormitorio en el primer piso de un bungalow de un pequeño pueblo de campo. A través del ventanal cuadrado, al fondo, se veía la negra

cresta ondulante de un bosque de eucaliptos. En una cama dormía ella, en torno a su marido. Yo iba a inclinarme sobre la mujer para mirarla, porque es sumamente curioso mirar a la mujer que se ama y odia dormir candorosamente, pero entonces Anyelico, mostrándome una cuna, me acercó a su borde. Bajo una leve manta dormía una niña. No debía tener más de catorce meses. La criatura mantenía las manos fuera de las cobijas y la boquita abultada, con un automático movimiento de succión, daba la impresión de que la criatura estaba soñando que lactaba. ¡Era su hija! Adusto a mi lado, Arsenio Anyelico permanecía vigilante. Inclínandose sobre mi cabeza, preguntó:

"—¿Odias a la madre?

"En aquel momento yo no odiaba a nadie, pero respondí, por contestar algo:

"—Sí...

"—Pues si quieres hacer sufrir atrozmente a la madre, tuércele la boca a la criatura.

"—¡No! —grité aterrorizado.

"—Basta que tú quieras y la boca de la criatura quedará torcida para siempre. Y tú te habrás vengado de la madre.

Esa vejez que te agobia es la decrepitud que te produjo el sufrimiento que ella te proporcionó.

"—No, no; no importa. —Y a pesar de que una terrible fatiga aplastaba mi viejo cuerpo, colgándome de un brazo de Anyelico, suspiré:— Vámonos de aquí...

"—Primero tuércele la boca.

"—No, no. Vámonos...

"Con un rudo sacudimiento, Anyelico desprendió su brazo de mis manos, me tomó el cuello entre los ganchos de sus poderosos dedos y, empujándome casi sobre la cuna, volvió a ordenarme:

"—¡Tuércele la boca a la nenita!

"¡Oh! ¿Quién podrá describir el horror que sacudía mi alma como un andrajo perdido en la noche sin esperanza? Yo me debatía entre los garfios de aquel gigante y él, cada vez más empeinado, me ordenaba:

"—¡Tuércele la boca o te mato!

"En aquel momento debió librarse una batalla entre la definitiva salvación o perdición de mi alma:

"—¡Tuércele la boca! —volvió a gritarme aquel demonio.

"Entonces moví la cabeza tristemente y respondí:

"—No; prefiero morir.

"El estrépito de un derrumbe me despertó. Era pasada medianoche. Anyelico se incorporaba penosamente en la oscuridad de mi cuarto. Yo, con las manos cruzadas bajo la nuca, le veía moverse, pero ambos guardábamos silencio. De pronto tuve miedo y, haciendo un esfuerzo tremendo, levanté un brazo. El resto de mi cuerpo estaba aún paralizado bajo los efectos de la 'muerte aparente'. Giré la llave de la luz. Un chorro de claridad inundó la habitación revestida de plomo, y allí, sobre su tabla, acurrucado hurañamente como un mono, vi al mago. Estaba despierto. Arsenio me hizo un gesto, penosamente incorporé mi cuerpo y tuve que hacer un esfuerzo para retener un aullido de horror: la boca de Anyelico se había torcido por completo hacia la oreja derecha, y el visaje era tan pronunciado que le entrecerraba por completo el ojo de ese lado de la cara.

"—¿Qué le ha pasado?

"Él apenas si podía mover la mano paralizada, pero dificultosamente, con el índice, me enseñó la lengua, que le colgaba fuera de la boca, también atascada por la misteriosa parálisis.

"Entonces, recordando el crimen atroz que quería hacerme ejecutar contra la indefensa criatura, cerré los ojos, apagué la luz y, arrastrándome, salí afuera de ese cuarto maldito, donde quedaba un hombre señalado para siempre por una centella de la misteriosa justicia divina. Y yo abandoné para siempre todo estudio de las ciencias que se ocupaban del más allá..."

(*El Hogar*, 23 de junio de 1939)

Roberto Arlt



Roberto Emilio Gofredo Arlt (Buenos Aires, 26 de abril de 1900 - Buenos Aires, 26 de julio de 1942) fue un novelista, cuentista, dramaturgo, periodista e inventor argentino.

En sus relatos se describen con naturalismo y humor las bajezas y grandezas de personajes inmersos en ambientes indolentes. De este modo retrata la Argentina de los recién llegados que intentan insertarse en un medio regido por la desigualdad y la opresión. Escribió cuentos que han

entrado a la historia de la literatura, como *El jorobadito*, *Luna roja* y *Noche terrible*. Por su manera de escribir directa y alejada de la estética modernista se le describió como «descuidado», lo cual contrasta con la fuerza fundadora que representó en la literatura argentina del siglo XX.

Tras su muerte aumentó su reconocimiento y es considerado como el primer autor moderno de la República Argentina.